

—¡Mira, Manolo, merca aquella pistola que ejtá con tóo y carcás!

—¡Y pa qué diablo quiero yo pistola!

—¡Hombre, pa defender tu dinero—le dijo muy bajito “Bemba.”

“És verdad”—pensó Manolo—y compró la pistola.

Bien equipados salieron de la tienda y siguieron el viaje.

Ya en el camino, objetó “Bemba:” “Oye, se nos olvidó mercar los tiros pa la pistola!”

—¡De vera! . . . Ya los mercaremos en Tlacotalpan. . . .

Entre dos luces llegaron todos polvorientos, sudorosos y cansados al terruño; primero se dirigieron al *mercado*; pidieron de cenar y hasta se medio achisparon con algunos tientos que le propinaron á sendos vasos de vino tinto.

“Bemba” le dió albergue á Manolo en un cuarto que habitaba en las cortas temporadas que pasaba en su tierra; pues las más de las veces “Bemba” no asentaba el pié en ninguna parte, siempre andaba de feria en feria y de belón en belón, unas de *gurupicé* ó *tallacán*—que de las dos maneras se llama tan bajo oficio—en las tendidas de albures; otras de vendedor ambulante con baratijas que pedía por las tiendas, á condición de devolver las invendibles, y sin más fianza que su palabra que, con ser melosa, resultaba en ocasiones falsa.

Manolo no durmió en toda la noche por la desconfianza que tenía del “Bemba;” dos ó tres veces escuchó que su compañero hacía á levantarse, y Manolo, para advertirle que estaba despierto, tosía, tosía, como si le cogiera el asma.

A la mañana siguiente, muy temprano, salieron á la calle; Manolo no desamparaba la cartera, que ya había reducido un tanto su volumen: “Bemba” no dejaba ni á sol ni á sombra á su compañero, y así siempre andaba el uno tras del otro.

—¡Oye, mano, si tú me compraras unos zapatos! . . . Cuando regrese de mi viaje al Santuario te pagaré lo que te cuesten. . . .

—¡Los compraremos! . . . ¡Aquí pa no dir má lejo! . . . ¿Te parece? . . .

—¡Pue vamo!”

Y á vuelta de escoger y de probarse zapatos y sombreros, compraron dos pares de zapatos y un sombrero para cada uno; “Bemba,” desde luego, sin el aditamento de los calcetines, endosó á sus piés cuadrilongos unos zapatos de á diez puntos y medio, y sustituyó el astroso *campechano* por un fieltro negro y brillante.

Al pasar por una mercería llamó la atención de Manolo, antes dormida para estas cosas, el *aparador* que daba á la acera.

Antaño, nunca paró mientes en él; pero ahora que contaba con dinero para poder comprar todo lo que se le antojara, lo miraba con curiosidad y con codicia: artefactos de cocina por aquí, que recordaban al pilluelo sus aficiones culinarias; juguetes por el otro extremo; pelotas y *bats*, tan de moda hoy que el *Base Ball* se ha aclimatado entre nosotros; para todo tenía una mirada codiciosa, agrandada por las insinuaciones del “Bemba” que pretendía comprarlo todo; pero lo que más atrajo las miradas de Manolo fué la tablilla forrada de terciopelo negro, de que pendían *leontinas*, relojes, fistles, cadenas, sortijas, clavillos y otras prendas de no mayor cuantía; los relojes, sobre toda ponderación, sacaban de quicio el deseo del arrapiezo. . . . ¿Si yo tuviera un reloj de plata como Don Toño? . . . ¿Y por qué no? Y así pensando penetró á la tienda y pidió con la entereza del que sabe lo que pide y cuenta con blanca para pagarlo: “¡un reló li-gítimo de plata!”

Vino el reloj, en seguida la *leontina* con pinjante que representaba una brújula minúscula. “Bemba” se hizo traer unas sortijas y un jabón fino; se las pedaba por lavarse las manos con jabón perfumado para olérselas después y hacerse la ilusión de haber saludado á alguna damisela encopetada. . . .

El mancebo, á regañadientes, daba los precios y ofrecía las mercancías; pues las cataduras de aquellos granujillas eran muy sospechosas, sin embargo de que “Bemba” rechinaba más de la cuenta los zapatos nuevos y se ladeaba hasta la